



LA CATEDRAL DE BARCELONA.

CONCLUSION.

Debajo del presbiterio se halla la capilla en que se conservan en una magnífica urna los restos de Santa Eulalia; se descienden para bajar al panteon 20 gradas en cuyo punto se halla una verja que es menester pasar para llegar al pavimento por otras cinco y se presenta al frente el sepulcro de la virgen iluminado por muchas y crecidas lámparas que cuelgan del techo, y rodeado de una especie de coro elevado dos gradas del suelo y de una tribuna trabajada en el grueso de los muros que sirven de cimiento al vasto presbiterio. Descansa la urna que encierra los restos de la Santa sobre ocho columnas desaparejadas, de jaspe y está adornada por todas partes con bajos relieves que representan con bastante delicadeza los hechos mas no-

tables de la vida de Sta. Eulalia. A la derecha descendiendo á la capilla, bajo el segundo luneto de la bóveda, se vé una urna de piedra de pequeñas dimensiones, que en sentir del erudito Caresmar, es la que encerró los restos de la Santa mientras Barcelona estuvo bajo la dominacion de los árabes. Esta capilla se semeja en algo á la del sepulcro de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, que llaman la confesion. Al salir del panteon se encuentra al frente en el centro de la nave mayor, el espacioso coro, digno de admirarse por la incalculable profusion de filigranas, figuras y otros adornos que cubren sus paredes. Lllaman la atencion el primor de la silleria atestada en su parte inferior de mil ridiculeces; pero hermosas y delicadas.

das las afiligranadas cúpulas que la cubren, y bajo las que se ven pintados escudos con diversos nombres que dan á conocer los ínclitos caballeros que recibieron el augusta collar del Toison de oro en 5 de marzo de 1319 de mano del rey D. Carlos I en el primero y único capítulo celebrado en España. No podemos menos de encarecer las complicadísimas labores del bien trabajado púlpito que se eleva á la derecha del coro, y las de la escalera que á él conduce. Entre las muchas capillas que se encuentran en las tres naves, son dignas de observarse, la fachada de marmol de la del trascoro, mucho mas bella, que por la estatua de San Olegario, por los bajos relieves de sus intercolumnios, cuerpo dórico de bastante elegantes formas; la capilla del mencionado San Olegario, primera de la nave lateral á la derecha grande y espaciosa, donde se vé un sepulcro de marmol sobre cuya losa está tendida la efigie del santo de bellas facciones y de no muy acabado ropage. Forma aun parte de este sepulcro el arca de la primera traslación de los restos de San Olegario, bella y delicada si se atiende á que el obispo D. Guillermo la mandó fabricar en el siglo XII, cuando apenas se entrevía en España el estilo gótico. Está el mencionado sepulcro abierto por detras, aunque defendido por una reja pur entre cuyos hierros se distingue el cuerpo del Santo vestido de pontifical, tan incorrupto y tan firme en su armazon, que causó espanto y maravilla al propio tiempo. Las pinturas de esta capilla las hizo el célebre pintor D. Antonio Viladomat. En la capilla inmediata está encerrado el magnífico sepulcro de Doña Sancha Gimenez de Cabrera, y en el altar de los inocentes, junto á la puerta de la Inquisicion el del obispo Don Ramon Escalas. La estatua de este prelado reclinada sobre la losa es un trabajo de lo mas perfecto; admira su talla gigantesca, y en su rostro macilento se descubre el genio tétrico de la edad avanzada; el ropage es magnífico, y sorprendente la delicadeza del cincel de los escultores antiguos al considerar el bordado de la mitra y bien concluido cabezon del cayado. Nada hay en este sepulcro que no encierre belleza y perfeccion. El inconcebible follage á que está arriada la urna la rica almohada en que descansa la cabeza del obispo, los agraciados relieves que adornan el arco, la majestuosidad y altura del nicho y el arco ojival que carga sobre el sepulcro, presentan suntuosidad. La capilla de San Miguel es de pequeñas dimensiones y sencillos atavios; en ella está el sepulcro de D. Berenguer de Palaciolo ó de Palou, prelado que manejó con igual destreza el cayado y la lanza y á cuya grandeza no corresponden ni el mezquino nicho, ni la pobre sepultura que lo encubren. Tampoco ofrece interes el sepulcro del obispo D. Poncé de Gualba en el altar del patrocinio, sino es por su sencillez y modestia. En la capilla del Santísimo Cristo hay pinturas de D. Manuel Tramullas, persona de mucho crédito en su arte; y en la de San Marcos de su no menos acreditado hermano D. Francisco. En esta catedral en su altar mayor el dia 24 de Junio de 1361 juró los fueros del principado el Príncipe D. Carlos hijo del rey Don Juan II de Aragon, y en el mismo se depositó su cuerpo á los pocos dias (2 de setiembre del mismo año) para trasladarle al monasterio de Poblet. Tambien se instituyó en ella la orden de Montesa en 22 de Julio de 1319 á la cual se unió despues (13 de octu-

bre de 1399) la de San Jorge de Alfama creada en 1204. Todavía está por concluir la fachada principal de este magnífico templo, y el timborrio de la nave central. Sirve tambien de parroquial con el privilegio de administrar los sacramentos á todos los fieles del obispado.

Posee esta catedral un archivo que ocupa cuatro piezas y ademas otro llamada archivito. Tiene documentos que se salvaron de la catástrofe de Almanzor (1) aunque no son muchos. Hay infinidad de volúmenes en folio titulados privilegios pontificios y privilegios reales. Son muy preciosos los libros llamados Exemplaria, donde se relacionan funciones eclesiásticas, juramentos de reyes etc. de modo que puede decirse que alli se encuentran no solo los sucesos religiosos, sino tambien los políticos, porque en todos estos la religion ha entrado por distintos conceptos. Hay en este archivo varios códices, breviarios del rito antiguo, y del muzárabe, santorales y muchos miles de documentos relativos á las rentas de la iglesia y sobre varios puntos de honor y preeminencias, disputadas en varias épocas. Hay varios ejemplares de sínodos diócesanos. Está cuidado el archivo con bastante esmero. El insigne anticuario D. Jaime Coresmar fué encargado de su arreglo y coordinacion en el siglo pasado. Escribió 12 tomos muy voluminosos con letra muy reducida pero no recorrió mas que una cuarta parte del archivo.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

ARTICULO V.

Venida la mañana, como dos millas estaríamos del pueblo, cuando á la derecha del camino tropezamos con unas ruinas miserables; eran los restos de un famoso meson donde hacian punto y parada en tiempos de antaño, los lunos mas redomados y la gente de mas chapa y balumbo en esto de latrocinios y violencias. Protegidos, como es uso y costumbre, por el ventero, con un espeso encinar á sus espaldas y en el ándito del camino de Valencia y Cataluña estaban bien á sus anchas y con segura cosecha de viandantes, artieros y gente de tragin. Mas á fines del pasado siglo dió un tenaz gótila en perseguir á tan honrada compañía y taló y metió en labranza el bosque, puso al ventero á la sombra de un calabozo, y de paso incendió la venta para entrecoger á cinco bravos enamorados de lo ageno: verdad es que contentóse S. S. con darles puesto preferente en cinco de las horcas mas gallardas que se han visto en Peralvillo.

Este añejo celo del justiciero palucon privó á mi pacífica persona de la sombra de las encinas que ya no existen sino en la memoria de los viejos; purgrato me hubiera sido reposar en el sitio mismo donde se emboscó D. Quijote, en tanto que Sancho vol-

(1) Gran caudillo árabe que vino de Córdoba á sitiar y tomar á Barcelona, donde hizo grandes estragos.

vía á la villa del Toboso á hablar á Dulcinea para que fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero y dignarse de echarle su bendición de modo que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas.

En medio de estos rastros, floresta y encinar entonces, díjole á Sancho Panza el enamorado caballero con el corazón tamañito como una avellana aquellas famosas razones:—«Auda, hijo y no te turbes cuando me vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della como te recibe, si muda los colores y al tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pié, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pié, si te repite la respuesta que me diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al caballo para componerle, aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que, entre los amantes, las acciones y movimientos, exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me adejas.»

Aquí también quedó luego á caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, el ingenioso hidalgo lleno de tristes y confusas imaginaciones y en la punta de estas hazas como á unos cien pasos que el fin de la selva era, el hermano Sancho mas socarrón que todos los pillos de Triana y de la hería, entabló consigo mismo aquel soliloquio graciosísimo que dió por fruto el nunca bien celebrado encantamiento de Dulcinea que purgaron después sus posaderas.

Una aldeana de vuestro amondegado
alta de pechos y ademan brioso,

verdadero retrato de Dulcinea, vino á interrumpir mi recuerdos pues con no visto desenfado me echó encima la retozona pollina que marcialmente arreaba: con almagre pienso señalar aquel día pues corrí inminente peligro de ser pisado y coceado por su caballería. Al ver pica á la aldeana y recorrer el prado á todo trote parecíame que tenía ante mis ojos al Caballero de la triste figura puesto de hinojos, entre amoroso y enalabrado con el olor de ajos erudos, que exhalaba la supuesta dama tobosca, maldiciendo á los encantadores sus enemigos, por haber mudado los ojos de perlas de su Señora en agallas alcornoqueñas y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey hermejo. Detrás del amartelado andante se me representaba Sancho con maliciosa sonrisa en los labios dando cuerda á la sin par locura de su amo,

porfiando cuando porfiaba el ingenioso hidalgo, jurando si juraba y dejando la suya sobre el hito.

El sol empezaba á derretirme los sesos y apretando el paso pronto llegamos á avistar el Toboso: y en verdad que ahora no dijera la señora Oriana

«¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea,
por mas comodidad y mas reposo,
á Miraflores puesto en el Toboso,
y trocará su Londres con tu aldea!»

porque la tal villa más parece montón de pobres escombros y destruidos solares que ciudad engrandecida y amena.

Estendida sobre un altozano está la patria de la insigne dama del *caballero de los leones*. Una legua hácia el Norte se halla Quintanar de la Orden, al Poniente Miguel Estevan, á Levante La Mota y por el Sur Pedro Muñoz. Los terrenos de que se halla rodeado el Toboso son frescos y ligeros, así lo indican las *tobas* ó cardas que por todas partes crecen. En el centro de aquel llano, el grupo que forma el caserío del pueblo se asemeja á una pantera en acecho. Descuella en el centro la torre de la iglesia y á la izquierda la elegante cúpula del convento de monjas y como guerrillas avanzadas se extienden por entrambos lados en la hondura algunos molinos de viento.

Cuatrocientos pasos de la villa, mil á veces, se encuentran solares y pozos, entre ellos el de la *guindalora* y el *Duz*, que según refieren los viejos estaba dentro de lo poblado años atrás. Entre estos cascajares hay charcas fétidas que en ninguna estación se secan completamente. Sus pútridas exhalaciones merman la población desde muy antiguo, y aunque á fines del pasado siglo se abrieron zanjas para convertirlas en *polders* por la manera holandesa, la incuria de los habitantes ha hecho que se cierren las aberturas y que el mal vaya en aumento.

Una de estas charcas sirve por tradición para dar un baño á los pobres ejecutores que intentan cobrar los atrasos de los labradores tobosinos. Esta cruel operación se ejecuta de la manera siguiente. Apenas es llegado el pobre *sacumantas* cuando los mozos mas robustos le entrecorren, le atan á la cintura una sogá fuerte de esparto y dejan dos largos cabos cuyas puntas tienen los mas feroces de la turba. Los unos delante, los otros atrás y el *vejiguero* preso en el centro de la tirante maroma, le conducen entre la algazara y la befa de todos á la charca que es elíptica, y haciéndole entrar á tirones en el cieno se colocan los verdugos en las orillas. Tiran los de acá, tiran los de allá, le derriban, le arrojan cieno, le mojan, le revuelcan en fin hasta que se sacian: entonces le dejan con vida para que mas sienta los dolores y la vergüenza!

Oh! en esto de atormentar á los *ejecutores* ó comisionados son diestrisimos los del Toboso, y con orgullo salvaje les oírefs referir mil atrocidades de las consumadas en la villa con estos pobres emisarios de la hacienda. Muchos han sido encerrados desnudos en una de las tinajas colosales que allí se fabrican: otros, después de haber bebido mas de lo necesario estimulados por los que se fingian sus camaradas, han despertado en el cementerio, vestidos de hábito y

tendidos en un atahud con sus blandones y se túmulo, los mas han sufrido palizas y ninguno ha vuelto con sus dietas sin poderlo contar como milagro!

Al oír referir tales anécdotas la sangre se cargó hácia mi rostro y un sudor frío empezó á inundar mi frente; un horrible pensamiento me asaltaba: ¿sufriría el príncipe de nuestros ingenios alguna de estas inícuas vejaciones? ¿Se mancharían sus gloriosas canas, sus cicatrices ganadas en la mas alta ocasion que vieron los siglos con el cieno de aquellas charcas? Lejos de nosotros tan negros pensamientos.

El Toboso ha sido pueblo de consideracion y así lo indican sus aristocráticas casas, que aunque de pobre alfoño y en ruínas, ostentan portadas de mármol, columnas, brocales y fuentes talladas, escudos sobre las puertas y labrada rejería.

Las continuas epidemias de calenturas pútridas, lo mucho que habla amortizado en su término la traslacion de la carretera de Valencia, la peste del año de 780 y otras razones han hecho que la mayor parte de sus labradores se trasladen á Quintanar de la Orden. Ya en tiempo de Felipe IV su penuria era notable, los moriscos granadinos, al dejar sus setecientas casas y al dejar sus labores para buscar hospitalidad en países menos ingratos que aquel en que habian nacido y que habian fecundado con el sudor

de su frente, dejaron tambien larga herencia de miseria y abandono como justo pago á sus intolerantes vecinos los *cristianos viejos*. Nueve cofradías habia entonces, un monasterio, fábricas de hilados y de tejidos de estambre y alfarerías donde se fabricaban las mejores tinajas del reino. Despues se formó una asociacion de labradores en la *calle Grande*, que tenían en comun, para cultivar sus campos, cuarenta pares de mulas tordas; mas por las razones que al comienzo de este párrafo dijimos, desapareció todo esto y un pueblo rico, industrioso, que ha contado con mas de 4,000 vecinos, se halla hoy reducido á poco menos de 800, y apenas puede fabricar algunas tinajas, y gloriarse con sus rábanos que son extraordinariamente gordos, blancos y tiernos, segun me han dicho. Dista 49 leguas de Madrid y 50 de Granada.

Mas ya es tiempo de que penetremos en sus calles tortuosas y de que visitemos lá parte alta que es donde fué el teatro de la nocturna aventura de nuestro ingenioso hidalgo. Desde luego nos encontramos á la plaza y aunque era muy entrada la mañana no se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, rebuznos de jumentos y otras voces de diferentes alimañas. Algunos labradores cruzaban de acá para allá y sus rostros ladinos ó estúpidamente maliciosos me hicieron tener por ciertos los cantares que sobre el



Vista de la iglesia y plaza del Toboso.

caso se entonan en Miguel-Esteban y La-Mota (1).

(1) Allá van las seguidillas tal como las he oido á mi guía, que era del Campo de Criptana, y á un labriego de La Mota.

Si el Toboso se muere
sin heredero
de derecho le tiene
á Villarobledo,
Su tontería,
que ambos mueren parejas

En la plaza está la iglesia, y sobre la izquierda, pegadas á ella, las bóvedas de Sepelio, y no muy lejos una callejuela sin salida, todo lo cual sabia muy

por mas que digan.

Si faltase el segundo
¿quién entrará?
el Campo de Criptana
reclamara.

Mas no lllore el Toboso
que aunque se muera
no ha de haber por lo tanto
quien le suceda.

bien el ladino Sancho cuando apoyándose en ello trataba de disuadir á su señor. Estas memorias no eran para perdidas, por consiguiente sin reparar en lo ardiente del sol canicular me senté en las escaleras del rollo que ocupa el centro de la plazuela y me puse á trazar el ligero borron que hoy ofrezco á mis lectores. Mas, en verdad sea dicho, no se muestran en el Toboso mas aficionados á los artistas que á los ejecutores, pues antes de que acabase de talar la torre que tomó D. Quijote por palacio, vino sobre mí tal nube de piedras que preciso me fué dejar la obra para mejor ocasion, pues los lobosescos angelitos daban mayor impulso á los cantos de lo que á mis delicadas carnes convenia.

La iglesia es gótica, de los últimos tiempos; pero habiendo caído un rayo que destruyó la cúpula fué cubierta de nuevo, concluida y restaurada REINANDO EL REY DON FELIPE IV, en 1667 como dice una inscripción que se lee en la cornisa. Tiene tres naves y la piedra está mal pintarrajeada. El retablo principal y los de la mayor parte de las capillas son platerescos y hay algunos cuadros no malos en los entablamentos. También merecen examinarse algunas estatuas trazadas por la manera gótica, de buenos pliegues y correcto dibujo. En una de las capillas del costado yace D. Francisco Morales Niava que dejó una dotacion para que fuesen pensionados á estudiar á Alcalá algunos jóvenes. La torre es sólida y la portada, aunque de poco gusto, hace buen efecto: se concluyó en 1618. Las armas del Toboso son unas matas de toba y un oso entre ellas: alrededor se lee este lema: *«Por ser sitio delicioso, el gran maestro fundó esta villa del Toboso.»*

Comprando un queso (1) para presentarle en la casa de mis padres, como trofeo; despidiéndome del cura, á quien volví á ver en casa del escribano, y sin hallar huella de cosa alguna que de contar sea, salí para Manzanares si no satisfecho, contento al menos por el fruto que habia recogido en mi estraña expedicion, cuyo relato sentiré lector carísimo que no haya sido de tu agrado.

J. GIMENEZ-SERRANO.

PALACIO DE ESPAÑA EN EL HAYA.

En aquellos tiempos de gloria para España, en que paseaban nuestros mayores llenos de ufania, el estandarte nacional por todo el orbe, pensó nuestro gobierno, y pensó bien, que no convenia á los representantes de un gran pueblo el habitar en las cortes extranjeras, un modesto albergue, elejido tal vez por la mezquindad individual. A fin de poner coto á los funestos efectos que pudieran nacer de la divergencia de gustos ó pareceres por parte de los embajadores españoles, creyó oportuno el adquirir, en cada capital, un palacio en cuyas puertas permaneciesen fijas las armas de España y que sirviese de morada á los individuos que formasen parte de la legacion que enviara

(1) Segun nuevas por mí recogidas han visitado muchos extranjeros estos lugares que yo tengo el orgullo de haber descrito el primero: entre ellos varios ingleses compraron quesos para dar con ellos un banquete á sus amigos de Londres.

S. M. Acertada determinacion que, sin real gravamen del erario, ponía á cubierto la dignidad nacional y dejaba desarmada la avaricia ó ignorancia de cualquier diplomático, hijo quizá del acaso.

Era por entonces, el Haya, centro de las negociaciones políticas de Europa, como que en aquel real sitio que elijieron para su residencia los estatúderes y soberanos de los Países Bajos, se firmaron infinitos tratados y se llevaron á cabo negociaciones de la mayor importancia. Solia por lo mismo el gobierno de Madrid escojer para representantes suyos en aquel punto personajes notables por su ilustracion y precedentes, siendo largo el catálogo que pudiéramos copiar de hombres eminentes que merecieron tan señalado honor. Allí residió el duque de Osuna y el marqués de Monteleon, embajadores extraordinarios y plenipotenciarios que firmaron, á nombre de Felipe V los tratados de Utrecht; allí se ajustó en 1720, el convenio para la suspension de armas entre el emperador y el rey de España, con sus aliados; el célebre marqués de Grimaldi residió tambien allí, en clase de embajador de Fernando VI y otros varios cuyos nombres fuera harto prolijo el citar.

No solo la consideracion de decoro y dignidad, sino otra muy poderosa aconsejaba el adquirir en el Haya un palacio para morada de la legacion española. Los Países Bajos holandeses, sometidos al influjo de los Estados Generales, al romper los vínculos de obediencia que los unian á España, renunciaron al culto católico que habian profesado sus mayores, durante una serie no interrumpida de siglos. Quedaron, no obstante, algunos, aunque pocos habitantes que desdennando los consejos y ejemplos de sus parientes y amigos, permanecieron fieles á sus primitivas creencias. Veianse estos privados de ejercer públicamente las devociones religiosas, en cuyo caso se hallaban, de igual modo, algunos españoles que llevaban el comercio ó los quehaceres á tan apartada region, y los mismos individuos que componian la mision diplomática de S. M. En aquellos dias de fé, aunque no fuera por desden propio, tenian los embajadores de las naciones católicas en cortes protestantes que proveerse de un capellan, si querian que sus criados les permaneciesen fieles, pues de lo contrario, pocos se habrian espuesto á morir sin los auxilios de la religion, entre gentes á quienes llamaban ellos herejes. Por lo mismo se pensó cuerdamente que dentro del recinto del palacio de la embajada, se podia edificar una capilla ó iglesia que sirviese para el culto y tranquilizase la conciencia de los católicos, adquiriendo el nombre español, de este modo y con esta proteccion, cierto respeto que era un medio seguro de restablecer su pasado y perdido influjo.

En una de las calles mas sosegadas de la pequeña ciudad que, sin ser capital, es cabeza de los Países Bajos holandeses, se edificó, á mediados del siglo XVII, sin que se sepa á punto fijo el año, un modesto y elegante palacio, de aspecto severo, pero de proporciones tan vastas que encerrase toda clase de comodidades y conviniera para los usos á que era destinado. Corre su fachada, de labrada piedra, de Norte á Sur, y presenta al público una serie de balcones bajos y elegantes que forman el solo piso del edificio. Casi á la mitad, formando centro de un medio punto, se eleva una hermosa puerta, sobre

la cual están grabadas en piedra berroqueña, las armas de España. Desde ella se divisa un inmenso patio, en cuyo centro ostenta su sencilla gallardía una iglesia aislada, con elevada cúpula y mas elevadas torres que, desde fuera, parece que forman parte del cuerpo principal del palacio. Detrás de esta capilla se estiende un vasto espacio que, en otro tiempo, fué cementerio católico y en el día es jardín.

Todos los ministros de S. M. á porfía trataron de hermosear aquella su morada, que podia llegar á ser su sepulcro, como lo era de infinitos compatriotas ó correligionarios suyos. Quienes procuraban adquirir riquezas para la iglesia, en adornos y ornamentos; quienes mas profanos, trataban de hermosear el palacio, introduciendo incesantes y útiles mejoras. Los primeros regalaron á la capilla muchos vasos sagrados de suma riqueza y exquisito gusto; los otros adornaron los espaciosos salones con soberbios artesonados, inmensos espejos, cornisas, capiteles y molduras de gran precio. Uno de estos últimos, como llegase al Haya, despues de haber residido muchos años en Stokolmo, introdujo en su nuevo palacio el uso de las chimeneas suecas, de hermosa y pintada porcelana, que suben hasta los dorados techos. En ellas se ven aun, de brillantes colores, las armas de España que no pudieran borrarse sin destruir la obra, pensamiento cariñoso que ha dado perpetuidad á una gloria que, por desdicha, ha pasado ya.

Puso el cielo por término á tal grandeza el día en que Napoleón alzándose de la oscuridad en que habia nacido, se presentó á las naciones como un rayo destructor. Luchó España con denuedo, resistiendo ante una agresion injusta, lejos, ay de adivinar la recompensa que le preparaba, por tantos sacrificios, el mas ingrato de los reyes. Mas incanta Holanda, doblegó su cerviz al yugo extranjero, y de hecho allí, como nominalmente en Madrid, hubo un monarca de la familia de Bonaparte. No es posible adivinar qué espíritu de destruccion dominaba á los franceses de aquellos días; pero, es lo cierto que las autoridades quisieron apoderarse de cuantos edificios poseia España en Países extranjeros con el fin de derribarlos y emplear los materiales en otras obras.

Por impensada fortuna, evitó esta triste suerte el palacio de la legacion española en el Haya, y pasados los primeros momentos, cuando el rey José Bonaparte envió al señor Teran en clase de ministro residente á la corte de su hermano, el monarca de Holanda, se pensó, no ya en la demolicion, sino en la venta del edificio. Era por entonces capellan mayor de la iglesia que dependia del ministro de España, D. Francisco Jacobo Raynal, sugelo de evangélicas virtudes y servidor leal del gobierno que lo habia favorecido. Con su dulzura pudo evitar, por mucho tiempo, la destruccion de la capilla que tanto amaba; pero, á la llegada del señor Teran supo con dolor que este ministro habia recibido instrucciones terminantes en virtud de las cuales se veia precisado á vender al punto el palacio de la legacion con sus dependencias. No pudiéndose conformar á que la nación española experimentase, de un modo definitivo, semejante pérdida, trató de obtener del señor Teran el que lo comisionase para aquella venta y que se hiciera esta de una manera clandestina. En seguida, lleno de fé en el triunfo de la independencia de su patria adoptiva, buscó y

determinó á un celoso católico, amigo suyo, llamado Van-Post-Huyze, señor de Risenburgh, á que, tomando la casa de la embajada con la condiccion de devolverla á la nacion, mediante la satisfaccion de la suma empleada en su compra, evitase los ofrecimientos de especuladores menos generosos. En virtud de este secreto convenio, se ejecutó la venta en dos escrituras repasadas: en una toda la plata, ornamentos y demas efectos de la capilla, por lo cual dió el holandés 8.000 florines (64.000 rs. vn.) siendo así que solo la plata pesaba casi el total de esta cantidad y valia mucho mas; y en la segunda escritura se comprendieron el edificio, cocheras y jardín cedidos en la suma de 20.000 florines (160.000 rs. vn.) Los espejos que existian en el palacio valian solos mas de 3.000 florines (24.000 rs. vn.) Los gastos de la venta ascendieron á 2.000 florines (16.000) por manera que produjo aquella cesion la cantidad total de 30.000 florines (240.000 rs. vn.) De estos cerca de seis mil florines (48.000 rs. vn.) se destinaron al pago de atenciones que pesaban sobre el tesoro español; de suerte que, en caso de recuperacion, venia á ser la pérdida efectiva de 24.000 florines (192.000 rs. vn.), y en el caso contrario se perdian tal vez tres cuartas partes del valor total.

El comprador se obligó bajo su palabra, digna de toda fé, á entregar al gobierno español cuanto recibia, siempre que se le devolviese la cantidad adelantada, á la cual solo queria que se le añadiesen los intereses, á estilo de comercio, segun la costumbre del país, y como si fuera un mero anticipo y no una renta. Esta cláusula fué tan secreta que, andando el tiempo, varios personajes, y especialmente los embajadores de las naciones católicas, ofrecieron al señor Van-Post-Huyze el darle una razonable ganancia si queria cederles el palacio que habia sido de la legacion de España; pero el honrado holandés se negó constantemente á todo trato, teniendo en mas el cumplimiento de su palabra que cualquier provecho propio. Era esto tanto mas laudable cuanto que, por entonces, no era fácil prever el resultado de la lucha que mantenía España contra Napoleón, y que si el trono de José se habria cimentado no habia jamás de llegar el caso para el prestamista de recuperar su dinero adelantado. Sin embargo, cuidó este con el mas solícito cuidado, no solo el palacio, sino la plata de iglesia, como si esperase á cada instante que se le reclamara aquel precioso depósito.

Sobrevinieron en esto los sucesos de 1814, célebres en los fastos de Europa, no tanto por su obra de pacificacion como por el mal uso que de la victoria hicieron los vencedores. A España volvió Fernando VII, y la Holanda, unida á Bélgica, formó el reino de los Países Bajos, en cuyo trono se sentó la antigua estirpe de Oranje Nassau. Apenas hubo alguna quietud y el rey católico envió un representante al nuevo estado, el fiel y leal Van-Post-Huyze, considerándose, no como dueño, sino como depositario ó guardián del palacio de España, se presentó, en cumplimiento de su palabra, á ofrecer la devolucion ofrecida. Era por entonces muy entrado el año de 1815, encargado de negocios de S. M. en el Haya D. Diego Colon, descendiente del ilustre almirante de Indias, quien informado del caso, enteró de todo á su gobierno, siendo de parecer que, no solo convenia recuperar el palacio y plata de iglesia, sino que

era un deber de España el mostrar su gratitud de un modo público, al Sr. Van-Post-Huyze y á Don Francisco Jacobo Raynal.

La corte de Madrid no fué del mismo parecer, pues creyó, según las formas oficinescas de aquella época, que ni recibir sería bueno sin dictámenes, expediente y trámites usuales. En vista de esto escribió al general D. Ricardo de Alava, ministro en Bruselas, dándole encargo de que, cuando por acompañar al rey fuese al Haya, se enterase ó informase acerca del particular. No era aquella residencia, por aquellos años tan grata como la de Bruselas para una persona afectada al trato como el general; así es que este, sin mostrarse hostil á la adquisición, se inclinó á creer y persuadió que no era cosa de la mayor importancia. Proponer al gobierno español, de aquella época, el no hacer era no solo un medio seguro de acertar, sino de complacerlo; por cuya razón D. Pedro Cevallos que era á la sazón ministro de estado, dió completamente al olvido este negocio, pareciéndole más cortó el suministrar anualmente mil doblones al representante de S. M. en los Países Bajos para gastos de casa, que el invertir cuatro ó cinco mil de una vez y para siempre en tan preciso servicio. Los demás secretarios de estado y del despacho que le siguieron fueron del mismo parecer; y cuando en años malos, no pudo España atender á las necesidades de sus diplomáticos, vió el Haya con asombro y dolor al encargado de negocios de España habitando un reducido cuartito, apenas digno de un estudiante, en una casa de huéspedes, en tanto que las armas de la nación española permanecían grabadas encima de las puertas del antiguo palacio. Vivía en este y vive aun el ministro del rey del Prusia, quien en las noches de sus alegrías sacras, cubre con jarrones de flores el escudo de las armas españolas pintadas en sus altas chimeneas suecas. ¡Flores emblemáticas que recuerdan antiguos triunfos y glorias pasadas!!

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

RECUERDOS DE ALGUNOS MINUTOS DE TORMENTO.

Las gentes de gusto se lamentan de la invasión del vals de dos tiempos y de la polka, que han logrado hacerse de moda: estos bailes, poco graciosos para las mugeres, hacen ridículos á los hombres: si los que valsan á dos tiempos pudieran verse en movimiento, se abstendrían de volver á valsar. El vals á dos tiempos ha descompuesto más de un matrimonio en ciernes. A través de la invasión indicada, ha logrado conservarse el vetusto y grave rigodon inalterable en sus formas, en sus detalles y hasta en sus episodios.

La casualidad nos ha hecho escuchar algunos diálogos entre las parejas, y hemos observado que son siempre los mismos, como si formaran parte integrante de las figuras: diríase que las palabras que los constituyen son enseñadas por los maestros de baile y pueden cantarse al son del tren á de la pastorela, pues se repiten entre todos los bailarines durante una noche entera, sin la menor alteración.

Primera figura, descanso, diálogo.

—¿Qué calor hace!

—¡Ah! sí, ó ¡ah! no.

—Teneis un precioso vestido de color de rosa (va-

riante si el color es azul, amarillo, etc.) es un color muy bello el color de rosa. ¿Habeis concurrido á muchos bailes este invierno?

—Este año ha habido bastantes reuniones. Yo he tenido el placer de veros en casa de... (nombrar una casa cualquiera donde sea de buen tono concurrir aunque jamás la hayais pisado.)

Segunda figura, cadena, balanceé, á sus puestos, diálogo. Las relaciones se estrechan, la conversacion se hace mas interesante.

—¿Qué hermoso color es el de vuestro pelo; yo adoro los cabellos negros (ó rubios, ó castaños, según que la persona con quien se baila sea morena ó blanca.)

—Estáis muy linda con vuestro tocado, eclipsáis á todas las damas del salón.

—Sois muy lisonjero.

Momentos de silencio. Empieza la tercera figura, interrupcion. Esto es lo que los moralistas califican de bailes mezclados de palabras ardientes, llenas de seducción, en que el amor toma las formas más atractivas para conquistar terreno.

Pero llegamos á la pastorela y al solo.

He conocido hombres valientes ó intrépidos, cuyo cuerpo se hallaba cubierto de heridas, hombres á quienes habia visto desaliar la muerte con la sonrisa en los labios y el semblante impasible. Pues bien, en este momento solemne del solo, no he visto uno que no vacilara, que arreglándose la corbata, pasándose la mano por el pelo, no tratara de mostrarse sereno, de desecher la turbación y el temor que le acometian, hasta el punto de encenderse su rostro inclusa la cicatriz hecha en su frente por el sable enemigo.

Y ciertamente la posición es crítica: se encuentra uno delante de sí con un espacio que es preciso llenar de gracia y de elegancia, á los ojos de personas que no hay que esperar se distraigan un momento. Se halla en un teatro sin estar mas elevado que los espectadores, todas las miradas están fijas sobre él. El frac os incomoda, os turbais tan solo de miedo de turbaros, vuestros ojos se nublan, vuestras rodillas se doblan y se niegan á obedeceros, se os figura á vos mismo que os habeis convertido en uno de esos dominguillos cuyas piernas y brazos se hallan mal unidas y próximas á desencuadrarse, y hasta vuestra respiracion, en fin, es difícil y penosa.

Deseariais que la araña se hundiese, sino sobre vos, sobre cualquiera otro, ó que el fuego de la chimenea se comunicara á algun objeto.

El acontecimiento mas funesto os llenaria de regocijo con tal que pusiera fin á vuestra angustia.

Usais de una infinidad de inútiles subterfugios, no os atreveis á mirar á los que se hallan enfrente de vos, pero os turbais al notar que bajais los ojos, que-reis abrielos y no os obedecen, ó si lo conseguis os encontrarais por todas partes con miradas escudriñadoras y burlonas.

Empezásteis por marchar y os reprendeis vuestra timidez: es preciso bailar con soltura y en vuestro arranque de valor comenzais un paso que no podeis acabar; ya no sabeis que hacer y la música sigue todavía los compases que os corresponden: os deteneis delante de las dos señoras, el caballero medita

ya su solo y se halla turbado y distraído con anticipación; tendría piedad de vos porque un instante despues habrá menester de vuestra piedad y os tenderia de buena gana la mano, pero las señoras... os ven allí atado, con el cuerpo ligeramente inclinado hácia adelante, las manos estendidas y en vuestros labios una sonrisa estúpida y contraída, y no os sacan del apuro dándoos á su vez las manos para la vuelta hasta que el compás lo ordena rigurosamente.

Yo aprendí en mis tiempos á bailar: una vez quise practicar las lecciones de mi maestro, pero nunca he llamado la muerte con tanta resolución, como la primera vez que me ví formalmente en el caso de hacer un solo.

Todo comenzó á dar vueltas en torno mío, las parejas tenían á mis ojos formas estrañas.

Las notas de la música producian un sonido desacomode é insufrible, que parecia burlarse de mí.

Las figuras de los cuadros se movian y se reian á carcajadas.

Las bujías danzaban en los candelabros y la trompeta de pistón me parecia la del juicio final, y en efecto allí me juzgaban de torpe y estúpido.

Todo desapareció; no sé como tuvo fin aquel lance y me encontré en mi puesto al lado de la muger que habia invitado á bailar, no me atrevia á hablarla ni á mirarla, así es que no ví su semblante, pero me pareció que su desprecio se manifestaba hasta en las puntas de sus pies y en los pliegues de su vestido.

Jamás desto entonces me he espuesto á otro suplicio semejante.

Los sucesos políticos alejaron al público de los teatros y el año cómico concluyó de hecho prematuramente, sin señalar su término con ninguna novedad notable. Ya que la falta de materia nos haya obligado á guardar forzoso silencio en punto á teatros, queremos interrumpirle para imponer á nuestros lectores de cómo se inaugura la nueva temporada. Nunca

se han formado tantos proyectos para el fomento de la literatura y del arte dramático como en estos últimos meses, nunca sin embargo se ha presentado mas insegura la suerte reservada á los autores y á los artistas. Debía esperarse que los decretos del gobierno, las personas nombradas para entender en el arreglo de teatros y los autores constituidos en sociedad, no darian ningún resultado notable, pero lo que no podia presumirse es que comenzara el nuevo año cómico sin que la Corte tuviera un teatro que pudiera llamarse Nacional y que el público se viera privado de aplaudir á sus actores predilectos, que por un sentimiento de gratitud han rehusado los ventajosos ajustes con que se les brindaba, esperando que no se daria el escándalo de que el teatro del Príncipe permaneciera cerrado, cuando no llegó este caso ni aun en los calamitosos tiempos de la última guerra civil. Estaba reservada al ayuntamiento actual, la gloria de hacer que se echara de menos aquella época en que la literatura dramática contó con mas apoyo que al presente y no hubo nunca temores de que Madrid careciera de un teatro digno de la capital. Dicese que al fin la corporacion municipal se decide á que el Príncipe corra por su cuenta, pero hasta ahora nada hay resuelto. Los teatros que tienen ya establecida compañía son los siguientes. La Cruz, á cuyo frente se pone el señor de Dardalla protegido por una reunion de personas de elevada clase, que prefieren la literatura andaluza, el *Melodioso caló* y las edificantes escenas de gitanos, á las dulzuras de nuestro teatro antiguo y al fomento de nuestra literatura racional contemporánea; el Instituto, que cuenta con las señoras Baus, Pamiás, Sanpelayo, los señores Caltañazor, Lumbreras, Azuar, y otros actores apreciables; Variedades, en cuyo coliseo se ha formado una compañía que promete pocos resultados ventajosos, y el Circo en fin, que sigue dando representaciones de ópera y baile, con escasas probabilidades de que las funciones del primer género sean tolerables y con un vacío difícil de llenar en las del segundo, la ausencia de la Guy, á no ser que la quiebra del Liceo de Barcelona haga que pise nuevamente el terreno de sus triunfos. Tales en resumen el aspecto, no el mas lisonjero por cierto, que ofrecen los teatros al comienzo del año cómico de 1848; acaso por una de esas anomalías tan frecuentes en España concluya formando época por la brillantez que lleguen á conseguir nuestros coliseos. Tendremos al corriente á los lectores de la marcha que sigan.

CARICATURAS.



Antes de la Cuarema y despues de la Cuarema.